

« presentaros, si estuviere seguro de que en el  
 « temor de añadir nuevos peligros á los de la  
 « guerra, no deseareis combatir para conquis-  
 « tar; porque yo temo mas vuestras faltas que  
 « los proyectos del enemigo.

« Ahora es preciso responder á los diputados:  
 « 1º que los Megarienses podrán comerciar en la  
 « Atica, si los Lacedemonios no nos prohíben á  
 « nosotros ni á nuestros aliados entrar en su ciu-  
 « dad: 2º que los Atenenses volverán á los pue-  
 « blos que han subyugado, la libertad que tenian  
 « antes, si los Lacedemonios hacen otro tanto  
 « con las ciudades que dependen de ellos: 3º que  
 « la liga de Atenas ofrece todavía á la del Pelo-  
 « poneso terminar amigablemente las disensio-  
 « nes que ahora las dividen.»

Con esta respuesta se retiraron los embaja-  
 dores de Lacedemonia; y por una y otra parte  
 se hicieron preparativos para la guerra mas larga  
 y funesta que jamas tuvo la Grecia\*. Duró veinte  
 y siete años; y tuvo por principio la ambicion  
 de los Atenenses, y el justo temor que inspi-  
 raban á los Lacedemonios y á sus aliados. Los  
 enemigos de Pericles le acusaron de haberla sus-  
 citado: lo que parece cierto es, que fué util para  
 el restablecimiento de su autoridad.

Los Lacedemonios tenian por su partido á los

\* Por la primavera del año 431 antes de J. C.

Beocios, á los Focenses, á los Locrienses, á  
 los de Megara, de Ambracia, de Leucada, de  
 Anactorio, y á todo el Peloponeso, exceptuando  
 los Argivos, que observaron neutralidad.

Por el partido de los Atenenses estaban las  
 ciudades griegas, situadas sobre las costas del  
 Asia, las de la Tracia y Helesponto, casi toda la  
 Acarnania, algunos otros pueblos pequeños, y  
 todos los insulares, excepto los de Melos y Tera.  
 Ademas de estos socorros podian ellos mismos  
 suministrar á la liga trece mil soldados, arma-  
 dos de todas armas, mil y doscientos de á ca-  
 ballo, mil y seiscientos archeros de á pie, y tres-  
 cientas galeras: diez y seis mil hombres escogi-  
 dos entre los ciudadanos, ó muy jóvenes ó muy  
 viejos, y entre los extrangeros establecidos en  
 Atenas, fueron encargados de defender los mu-  
 ros de la ciudad y las fortalezas de la Atica.

Habia depositados en la ciudadela seis mil ta-  
 lentos\*. En caso necesario se podian procurar  
 todavía mas de quinientos\*\*, fundiendo los va-  
 sos sagrados, y echando mano de otros recursos  
 que Pericles indicaba al pueblo.

Tales eran las fuerzas de Atenas, cuando  
 Arquidamo, rey de Lacedemonia, habiéndose  
 detenido en el istmo de Corinto, recibió de ca-

\* Treinta y dos millones, y cuatrocientas mil libras.

\*\* Dos millones y setecientas mil libras.

da ciudad confederada del Peloponeso las dos terceras partes de sus habitantes en estado de tomar las armas, y avanzó lentamente hácia la Atica, al frente de sesenta mil hombres. Quiso volver á entablar la negociacion; y con este objeto envió un embajador á los Atenieses, quienes se negaron á oírle, y le hicieron salir en el momento mismo del territorio de la república. Entonces Arquidamo, continuando su marcha, se derramó por las llanuras de la Atica en tiempo de la siega. Los infelices habitantes se habian retirado al acercarse el ejército: habian trasportado sus efectos á Atenas, donde la mayor parte no halló otro asilo, que los templos, los sepulcros, las torres de los muros, las cabañas mas oscuras, y los mas desiertos lugares. A la pena de haber dejado sus antiguas y apacibles moradas, se juntaba el dolor de ver á lo lejos sus casas consumidas por las llamas, y sus cosechas abandonadas al hierro del enemigo.

Forzados los Atenieses á sufrir ultrajes, que se hacian mas duros con la memoria de sus gloriosas expediciones, se exhalaban en voces de indignacion y de furor contra Pericles, que tenia encadenado su valor. Pero él no oponiendo mas que el silencio á las súplicas y amenazas, hacia marchar una escuadra de cien velas al Peloponeso, y reprimia los clamores públicos con la sola fuerza de su caracter.

No hallando ya Arquidamo subsistencia en la Atica, volvió sus tropas cargadas de botin al Peloponeso; las cuales se retiraron á sus casas, y no volvieron á dejarse ver en lo restante del año. Despues de su retirada, Pericles envió una escuadra contra los Locrienses, que tuvo algunas ventajas. La armada grande, despues de haber desolado las costas del Peloponeso; tomó á su vuelta la isla de Egina; y luego despues los Atenieses marcharon en cuerpo de nacion contra los de Megara, cuya tierra asolaron. En el invierno siguiente honraron con funerales públicos á los que habian muerto con las armas en la mano, y Pericles hizo de ellos un elogio elocuente. Los Corintios armaron cuarenta galeras, hicieron un desembarco en la Acarnania, y se retiraron con pérdida. Así se terminó la primera campaña.

Las que la siguieron no ofrecen tampoco mas de una continuacion de acciones particulares, de incursiones rápidas, y de empresas que parecen extrañas al objeto que se proponia una y otra parte. ¿Cómo es que unos pueblos tan guerreros, y tan vecinos, animados por una envidia antigua, y un odio reciente, no pensaban mas que en sorprenderse, en evitarse, en dividir sus fuerzas, y en multiplicar y prolongar las desgracias de la guerra con una multitud de diversiones sin lucimiento y sin peli-

gro? Porque esta guerra no debía seguir el mismo plan que las otras.

La liga del Peloponeso era tan superior en tropas de tierra, que los Atenenses no podían aventurar una acción general, sin exponerse á una pérdida cierta. Pero los pueblos que formaban esta liga ignoraban el arte de atacar las plazas: acababan de salir mal en el sitio de una pequeña fortaleza de la Atica; y no se apoderaron despues de la ciudad de Platea en la Beocia, defendida por una debil guarnicion, sino despues de un bloqueo, que duró cerca de dos años, y forzó á los habitantes á rendirse por falta de víveres. ¿Cómo se lisonjearian de tomar por asalto, ó reducir á la hambre á una ciudad como Atenas, que podia ser defendida por treinta mil hombres, y que dueña del mar, tenia por él los víveres que necesitaba?

Así es, que los enemigos no tenían otro partido que el de venir á destruir las cosechas de la Atica, y esto es lo que ejecutaron en los primeros años; pero estas incursiones debían ser pasajeras, porque siendo muy pobres, y únicamente ocupados en las labores del campo, no podían estar mucho tiempo con las armas en la mano, y en un país que tanto distaba del suyo. En adelante resolvieron aumentar el número de sus naves; pero necesitaban muchos años para aprender á maniobrar, y adquirir aquella expe-

riencia, que apenas habían logrado los Atenenses con cincuenta años de ejercicio. La destreza de estos últimos estaba tan reconocida en el principio de la guerra, que sus menores escuadras no temían atacar á las mayores flotas del Peloponeso.

En el año séptimo de la guerra\*, por salvar los Lacedemonios á cuatrocientos y veinte soldados suyos, que estaban sitiados en una isla, pidieron la paz, y entregaron cerca de sesenta galeras, que se les debían devolver, si no se les entregaban los prisioneros. No se les entregaron, y conservando los Atenenses las galeras, quedó destruida la marina del Peloponeso. Diversos incidentes retardaron su restablecimiento, hasta que al año veinte de la guerra el rey de Persia se obligó por promesas y tratados á proveer á su conservacion. Entonces la liga del Peloponeso cubrió el mar con sus naves: las dos naciones rivales se atacaron mas directamente; y despues de una alternativa de sucesos felices y desgraciados, la potencia de la una quedó rendida al poder de la otra.

Los Atenenses por su parte no estaban ya en estado de dar la ley á la Grecia por el número de sus naves, como ni sus enemigos por el número de sus tropas de tierra. Si aparecían con

\* Hacia el año 424 antes de J. C.

sus flotas en donde los del Peloponeso tenían posesiones, sus esfuerzos se reducían á devastar un país, á tomar una plaza indefensa, y á imponer contribuciones, sin atreverse á penetrar tierra adentro. ¿ Era preciso sitiar una plaza fuerte en un país apartado? Aunque tuviesen mas recursos que los Lacedemonios, la lentitud de sus operaciones agotaba sus tesorías, y el corto número de tropas que podían emplear. La toma de Potidea les costó muchos soldados, dos años y medio de trabajos, y dos mil talentos\*.

Así, por la extrema diversidad de fuerzas, y su extraordinaria desproporción, debía alargarse mucho la guerra. Esto es lo que habían previsto los dos mas hábiles políticos de la Grecia, Arquidamo y Pericles; con esta diferencia, que el primero concluía, que los Lacedemonios debían temerla; y el segundo, que los Atenienses debían deseársela.

También era fácil prever que el incendio rompería, se apagaría, y se volvería á encender por intervalos entre todos los pueblos. Como separaban á las ciudades intereses contrarios: como las unas se apartaban con leves pretextos de su confederación, y las otras quedaban abandonadas á facciones, fomentadas continua-

\* Diez millones y ochocientas mil libras

mente por Atenas y Lacedemonia, sucedió que la guerra se hizo de nación á nación en una misma provincia: de ciudad á ciudad en una misma nación, y de partido á partido en una misma ciudad.

Tucídides, Xenofonte y otros autores célebres han pintado las desgracias que causaron estas largas y funestas disensiones. Sin seguirlos en las particularidades, que solo interesan hoy á los pueblos de la Grecia, referiré algunos de los sucesos que tocan mas principalmente á los Atenienses.

Al principio del segundo año volvieron los enemigos á la Atica, y se declaró peste en Atenas. Nunca este azote terrible asoló tantos países. Salido de la Etiopia, había corrido el Egipto, la Libia, una parte de la Persia, la isla de Lemnos, y otros lugares. Un barco mercante le introdujo sin duda en Pireo, donde se manifestó al principio: de allí se difundió con furor por la ciudad, y sobre todo en aquellas habitaciones oscuras y enfermizas, donde los habitantes del campo estaban amontonados.

El mal atacaba sucesivamente todas las partes del cuerpo: los síntomas eran espantosos, los progresos rápidos, y las consecuencias casi siempre mortales. Desde los primeros ataques perdía el espíritu sus fuerzas, y el cuerpo al parecer las adquiría nuevas; y era un cruel tormento resistir á la enfermedad, sin poder resis-

tir al dolor. Los pervigilios, los terrores, los sollozos continuos, las convulsiones violentas no eran los únicos tormentos que padecian los enfermos, sino que les devoraba interiormente un ardor insufrible. Cubiertos de llagas y de manchas lívidas, los ojos encendidos, oprimido el pecho, despedazadas las entrañas, exhalando un hedor pestilente de su boca manchada con sangre impura, se les veía arrastrarse por las calles para respirar mas libremente, y no pudiendo apagar la sed abrasadora que los consumia precipitarse en los rios cubiertos de hielo.

La mayor parte morian al séptimo ó noveno día. Si prolongaban la vida mas allá de este término, era para sufrir una muerte mas dolorosa y mas lenta.

Los que no morian de la enfermedad, casi nunca la tenian otra vez. ; Debil consuelo, pues que no ofrecian á la vista mas que los restos infelices de lo que fueron! Unos habian perdido el uso de algunos miembros, y otros no conservaban ninguna idea de lo pasado. ; Felices sin duda en ignorar su situacion; pero no podian reconocer á sus amigos!

El mismo método de curar producía unas veces efectos saludables, y otras perniciosos: parecia que la enfermedad se burlaba de las reglas y de la experiencia. Como se extendía tambien por muchas provincias de la Persia, resolvió

Artaxerxes llamar al célebre Hipócrates, que estaba entonces en la isla de Cos. En vano le convidó con el oro y las dignidades: este grande hombre respondió al gran rey, que él no tenia ni necesidades ni deseos, y que se debía á los Griegos mas bien que á sus enemigos. En efecto, vino á ofrecer sus servicios á los Atenieses, quienes le recibieron con tanto mayor reconocimiento, cuanto la mayor parte de sus médicos habian muerto víctimas de su celo. Agotó los recursos de su arte, y expuso muchas veces su vida; y si no logró todo el feliz éxito que merecian tan grandes sacrificios y talentos, á lo menos dió consuelos y esperanzas. Se dice que para purificar el aire mandó encender grandes hogueras en las calles de Atenas: otros pretenden que este medio le empleó con utilidad un médico de Agrigento, llamado Acon.

Al principio de la epidemia se vieron grandes ejemplos de piedad filial y de amistad generosa; pero como casi siempre fueron funestos á sus autores, rara vez se renovaron en lo sucesivo. Entonces se rompieron los lazos mas respetables: los ojos, próximos á cerrarse eternamente, no vieron por todas partes mas que una soledad profunda, y la muerte no hizo ya derramar lágrimas.

Este endurecimiento produjo una licencia desenfrenada. La pérdida de tantas gentes bue-

nas, confundidas en un mismo sepulcro con los malvados; y la ruina de tantos caudales, hechos de repente herencia ó presa de los ciudadanos mas oscuros, llamaron vivamente la atención de los que no tenian mas principio que el temor: persuadidos á que los dioses no se interesaban ya por la virtud, y que la venganza de las leyes no sería tan pronta como la muerte que les amenazaba, creyeron que la fragilidad de las cosas humanas les indicaba el uso que debian hacer de ellas, y que no teniendo mas vida que la de algunos momentos, debian á lo menos pasarlos en el seno de los placeres.

Al cabo de dos años pareció que calmaba la peste. En este intervalo se vió mas de una vez que el germen del contagio no estaba destruido; y así volvió á explicarse diez y ocho meses despues, y en el discurso de un año renovó las mismas escenas de duelo y de horror. En una y otra época pereció un gran número de ciudadanos, entre los cuales es necesario contar cerca de cinco mil hombres aptos para llevar las armas.

La pérdida mas irreparable fué la de Pericles, que murió de resultas de la epidemia en el año tercero de la guerra\*. Algun tiempo antes los Atenieses, incomodados por lo in-

\* Hacia el otoño del año 429 antes de J. C.

tolerable de sus males, le habian despojado de su autoridad, y condenádole á una multa: acababan de reconocer su injusticia, y Pericles se la habia perdonado; bien que mirando con disgusto el mando por la ligereza del pueblo, y por la pérdida de su familia y amigos, que le robó la peste. Estando ya para morir, y sin dar señal alguna de vida, los principales de Atenas, juntos al rededor de su cama, aliviaban su dolor refiriendo sus victorias, y el número de sus trofeos. «Esas hazañas, dijo «levantándose con esfuerzo sobre su cama, «son obra de la fortuna, y tienen conmigo «parte en ellas otros generales. El único elogio «que merezco, es de no haber hecho poner «luto á ningún ciudadano.»

Si conforme al plan de Pericles, hubieran continuado los Atenieses una guerra ofensiva por mar y defensiva por tierra; y si renunciando á toda idea de conquista, no hubieran aventurado la salud de la patria con empresas temerarias, tarde ó temprano hubieran triunfado de sus enemigos, porque les hacian mayor número de males que los que ellos podian recibir; pues la liga que mandaban, les estaba enteramente subordinada; mientras que la del Peloponeso, compuesta de naciones independientes, podia disolverse á cada momento. Pero murió Pericles, y fué reemplazado por Cleon.

Este era un hombre de nacimiento humilde, sin verdadero talento; pero vano, atrevido, arrebatado, y por esto mismo agradable á la muchedumbre. La habia ganado con sus liberalidades, la contenia inspirándola una alta idea del poder de Atenas, y un absoluto desprecio del de Lacedemonia. Este fué el que juntó un dia á sus amigos, y les dijo: que estando para administrar los asuntos públicos, renunciaba á toda relacion que pudiese acaso comprometerle para cometer una injusticia; mas no por esto dejó de ser el mas avaro é injusto de los hombres.

Los buenos y honrados ciudadanos le opusieron á Nicias, uno de los primeros y mas ricos particulares de Atenas, que habia mandado los ejércitos, y logrado muchas ventajas. Este interesó en su favor á la multitud con fiestas y liberalidades; pero como desconfiaba de sí mismo y de los acaecimientos, y como sus sucesos no habian servido sino para hacerle mas tímido, alcanzó consideracion, sí, mas no la superioridad del crédito. La razon hablaba friamente por su boca, cuando el pueblo tenia necesidad de agitaciones fuertes, y Cleon las excitaba con sus declamaciones, gritos, y gestos de frenético.

Por una casualidad salió bien de una empresa que Nicias no quiso ejecutar, y desde este momento los Atenienses, que se habian burlado de

su eleccion, se entregaron á sus consejos con mas confianza. Desecharon las proposiciones de paz, que hacian los enemigos, y le pusieron al frente de las tropas, que enviaron á Tracia para detener los progresos de Brasidas, el mas diestro general de Lacedemonia. Allí se atrajo el desprecio de los dos ejércitos; y habiéndose acercado al enemigo sin precaucion, se dejó sorprender, fué de los primeros á huir, y perdió la vida.

Despues de su muerte, no hallando Nicias obstáculo á la paz, entabló negociaciones, seguidas luego de una alianza ofensiva y defensiva\*, que debia unir estrechamente á los Atenienses y Lacedemonios por espacio de cincuenta años. Las condiciones del tratado les volvian al mismo estado en que se hallaban antes de comenzar la guerra; pero entre tanto se habian pasado mas de diez años desde esta época, y las dos naciones se habian debilitado inútilmente.

Se lisonjeaban de gozar por fin de las dulzuras del descanso; pero su alianza ocasionó nuevas ligas y nuevas divisiones. Se quejaron muchos aliados de Lacedemonia de no haber sido comprendidos en este tratado; y habiéndose unido con los Argivos, que hasta entonces habian permanecido neutrales, se declararon contra los

\* El año 421 antes de J. C.

Lacedemonios. Por otra parte, los Atenieses y los Lacedemonios se acusaban mutuamente de no haber cumplido los artículos del tratado; y de aquí nacieron las desavenencias y las hostilidades. Mas no obstante, seis años y diez meses despues fué cuando llegaron á un rompimiento declarado\* : rompimiento, cuyo pretexto fué frívolo en extremo, que se hubiera evitado fácilmente, si no hubiera sido necesaria la guerra para la elevacion de Alcibiades.

#### ALCIBIADES.

Algunos historiadores han manchado la memoria de este ateniense, y otros la han ensalzado con sus elogios, sin que se les pueda tachar de injusticia ó parcialidad. Parece que la naturaleza había intentado reunir en él lo mas extremado que ella es capaz de producir, tanto en vicios como en virtudes. Nosotros le consideraremos aquí con relacion al Estado, cuya ruina aceleró; y mas adelante con relacion á la sociedad que acabó de corromper.

Un origen ilustre, riquezas considerables, la mas hermosa figura, las gracias mas seductoras, un espíritu penetrante y vasto, y en fin el honor

\* El año 414 antes de J. C.

de ser cosa de Pericles: tales fueron las ventajas que deslumbraron desde luego á los Atenieses, y con que primero se deslumbró él á si mismo.

En una edad en que no se necesita mas que indulgencia y consejos, tuvo ya él una corte y aduladores: admiró á sus maestros por su docilidad, y á los Atenieses con sus licenciosas costumbres. Sócrates, que conoció muy luego que este joven seria el mas peligroso ciudadano de Atenas, si no se le hacia el mas util, buscó su amistad, la logró á fuerza de cuidados, y no la perdió jamas. Emprendió moderar aquella vanidad, que no podia sufrir en el mundo ni superior ni igual; y en algunas ocasiones era tal el poder de la razon ó de la virtud, que el discipulo lloraba sus errores, y se dejaba humillar sin quejarse.

Cuando entró en la carrera de los honores, quiso mas bien obtener éxitos felices por medio de los rasgos de su elocuencia, que por el brillo de su magnificencia, y por sus liberalidades; y así se presentó en la tribuna. Un defecto leve de pronunciacion daba á sus palabras las gracias sencillas de la infancia, y aunque se detuviese algunas veces para buscar la palabra propia, fué mirado como uno de los grandes oradores de Atenas. Ya había dado pruebas de su valor, y por sus primeras campañas se infirió que algun día había de ser el mas diestro general de la Grecia.